

«resurrecciones»

*Las «muertes» y las «resurrecciones» del
carlismo. Reflexiones sobre la escisión
integrista de 1888*

Jordi Canal

Ulliversitat de Cirollu

El carlismo vivió en 1888 un momento muy crítico. Doce años después de soportar la severa derrota que selló la Segunda Guerra Carlista, mientras seguían coleando los efectos del fiasco, este movimiento sufriría una dolorosa amputación con la salida del sector intransigente encabezado por Ramón Nocedal. Para muchos contemporáneos el cisma integrista constituyó el acta de defunción del carlismo. Su estado entre 1886 y 1888, antes de producirse la ruptura interna, no era precisamente halagüeño. No debe sorprendernos, por consiguiente, la frase con la que el redactor de la voz «carlismo» de un diccionario enciclopédico editado en 1888 definía la situación en aquel momento: *«El carlismo está hoy más dividido que ayer.»* Acto seguido, argumentaba: *«Parte de sus fuerzas han aceptado, con el señor Pidal, la monarquía constitucional, y otra parte considera cuestión secundaria el gobierno con tal que sea católico. El señor Nocedal, jefe del partido hasta su muerte (1885), representaba la tendencia intransigente (integrista) vencedora hasta hace poco, pero hoy vencida ante don Carlos. Íntegros y mestizos se llenan de improperios en la prensa, y en ningún partido es tan grande la anarquía como en el carlista, que tiene por principal artículo de fe el principio de autoridad»*¹. Divisiones, improperios, anarquía: palabras de inequívoco sentido en este contexto. Tras la escisión del verano de 1888, la imagen que ofrecía el carlismo era bastante más deplorable. Ya en el penúltimo volumen de aquel año de la *Revista*

¹ «Carlismo», en *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, vol. IV. Barcelona, Montaner y Simón, 1888, p. 698.

de España, un escritor de tendencia liberal sostenía que «uno de los sucesos más importantes y más dignos de tenerse en cuenta entre los que de algún tiempo a esta parte van acaeciendo en nuestro país, es, sin duda, la gran confusión en que se agita el partido carlista, próximo, según las trazas, a su ruina y acabamiento»². Ruina y acabamiento, en este artículo, igual que desaparición, muerte o cadáver en otros que vieron asimismo la luz en la segunda mitad de 1888 y en 1889, eran vocablos usuales para aludir al carlismo y a su inmediato porvenir.

Todos erraron, no obstante, en sus predicciones. En una velada celebrada en junio de 1890 en el Círculo Tradicionalista de Manlleu, un dirigente catalán, refiriéndose a los hechos de 1888, afirmaba: «Ahí tenéis, pues, el resultado de [una] oportunísima amputación tan sabia y enérgicamente llevada a cabo por don Carlos, amputación que se dijo por algunos que sería la muerte del partido, y... efectivamente, se ve que ha sido, su más activa fuente de vida y de rigor.» Las citas en este sentido podrían multiplicarse. En 1894, por ejemplo, un redactor de *El Correo Español* llamaba la atención, no sin algunas dosis de ironía, sobre «la importancia que cada día adquiere este cadáver del carlismo»; en 1898, por su parte, Manuel Polo y Peyrolón trazaba un balance muy positivo de los años transcurridos desde la escisión integrista, en los que «ha tomado gran vuelo y sólido asiento la organización civil de nuestras fuerzas»³. Los comentarios que destacaban la revitalización del carlismo en la última década del siglo no provenían únicamente de la prensa y las filas propias, sino que ésta era reconocida también por adversarios e individuos ajenos al movimiento legitimista. Un personaje ya retirado de la vida política mencionaba en el *Heraldo de Madrid*, en 1893, los «signos de rigor que no se ocultan a quien no los contemple con vista enturbiada por la pasión». Al año siguiente era el periodista Julio Burell quien aseguraba en el mismo diario, después de destacar la evolución experimentada desde 1888, que el partido carlista «vive y realiza una política de grandes y nacionales afirmaciones», constituyendo «un peligro grande». En parecidos términos, aunque sin-

El M. de F., «El Carlismo», *Revista de España*, CXXIII, septiembre-octubre 1888, p. 36.

³ El Corresponsal, «Correspondencias particulares del *Correo Catalán*, Manlleu 10 de junio de 1890», *Correo Catalán*, 28 de julio de 1890, pp. 11-15. «El Heraldo y el carlismo», *El Correo Español*, 26 de julio de 1891, p. 1. [M. POLO Y PEYROLÓN, *don Carlos. Su pasado, su presente y su porvenir*. Valencia, Imp. de Manuel Alufre, 1898, p. 16.

gulares por su contundencia, se expresaban en 1896 los redactores de un periódico posibilista de Madrid: los carlistas poseían «una organización poderosa y completa. Algo de que no pueden afanarse en la actualidad ninguno de los partidos españoles»¹. El movimiento liderado por don Carlos, así pues, no sólo habría sobrevivido a la escisión integrista, sino qUT, fundamentándose en un peculiar proceso de modernización política, recuperó en la década de los noventa una parte del terreno perdido". No fue ni la primera vez ni tampm'o la última en que, en la historia del carlismo, iba a anunciarse y escenificarse su «muerte» y posterior «resurrección».

Aquel verano del 88

Francisco Martín Melgar, secretario de Carlos de Borbón y de Austria-Este (Carlos VII, sostenían los prosélitos), escribió en diciembre de 1887 al marqués de Valde-Espina, el principal entre los cuatro jefes delegados que regían la estructura carlista desde hacía algunos meses, para comunicarle la voluntad d(1 pretendiente de «suprimir las delegaciones y volver él en persona a reasumir la dirección del Partido» (La decisión, sobre la que se pedía el parecer de este dirigente vasco y hombre de confianza antes de hacerla pública, fue totitada ante las (continuas peleas y los malos aires que se respiraban en el carlismo. No era ninguna novedad, ciertamente, pero la situación se había agravado a lo largo de 1887, (oitit'idiendo (on la ausencia de don Carlos, de viaje por tierras americanas, y (on la consiguiente delegación de poderes en cuatro ex-militares de alta graduación de la última carlistada (León Martínez Fortún, Juan María Maestre, Francisco Caveró y el ya citado Valde-Espina). Desde su retorno a Europa, «con el alma llena de ideas grandes, de sentimientos generosos y de amor patrio, suscitados por el espectáculo del antiguo imperio colonial español» —como le contaba en septiembre al marqués de Valde-Espina desde Viareggio, en donde

¹ GLADIATOR, «La política entre bastidores. Los carlistas», *Heraldo de Madrid*, 9 de septiembre de 1893, p. 1. J. BURELL, «Planta que retoña», *Heraldo de Madrid*, 24 de jillio de 1894, p. 1. «El carlismo», *El Globo*, 13 de enero de 1896, p. 1.

² Cf. J. CANTE, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo Editorial, 2008.

³ Carta citada por J. REN CUESTA, *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 67.

residía su esposa Margarita 7_, intentó poner orden en aquel galimatías. En vano. El partido carlista se encontraba por aquel entonces en un avanzado estado de descomposición. Por este motivo, tras la consulta hecha al título vasco, don Carlos anunció, en la segunda quincena de enero de 1888, que se ponía nuevamente al frente de la formación política que abanderaba desde la década de los sesenta.

Durante la primera mitad de 1888 el carlismo estuvo sumido en un estado de enfrentamiento interno permanente, inmerso en una espiral inaudita de violencia verbal y escrita. Se mascaba la ruptura, que llegaría, finalmente, en venULO. Escritores e historiadores han relatado en múltiples ocasiones, a lo largo de más de un siglo, los hechos ocurridos entre los meses de enero y julio⁷. Los análisis basados exclusivamente en la prensa, así como las aproximaciones que han aceptado sin crítica las versiones de algunos contemporáneos, nos presentan los sucesos como una simple confrontación dual, ya sea entre *El Siglo Futuro* y *La Fe*, ya sea entre Nocedal y el pretendiente Carlos. El resultado de estas simplificaciones ha sido una lectura incompleta, distorsionada o errónea de la realidad. Ni estos dos órganos periodísticos eran los únicos en liza, ni tampoco representaban todos los intereses en juego; no se trataba de una cuestión estrictamente personal, ni tampoco los personajes que, como los marqueses de Cerralho y de Valde-Espina o Melgar, terminaron por hacerse con el control del partido tras la marcha de los intransigentes pertenecían o simpatizaban plenamente con ninguno de los dos núcleos, ni el del *Siglo* ni el feísta. Una revisión que atienda a la complejidad del debate y de las peleas, situándolos, a la vez, en un marco temporal más dilatado, resulta, por consiguiente, imprescindible.

Las grandes polémicas de 1888 empezaron con el enésimo enfrentamiento entre los dos diarios carlistas de Madrid. Uno de los directores

⁷ Archivo Melchor Ferrer (Sevilla), *Carlos VII. Documentos reales, /877-/909, 1877*, Don Carlos al Marqués de Valde-Espina (Viareggio, 24 de septiembre de 1887), copia. Sobre el viaje del pretendiente por tierras americanas, cf. J. R. NAVARRO GARCÍA, «El exilio carlista», en D. RIVADULLA, J. R. NAVARRO y M. T. BERRUZO, *El exilio español en América en el siglo* VI, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 265-300.

⁸ Cf., en especial, D. BENAVIDES, *Democracia y cristianismo en la España de la Restauración 1875-1931*, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 129-137; S. HIBBS-LIS-SORQUES, *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert»-Diputación de Alicante, 1995, pp. 319-344; y M. OIBETA, *Los integristas guipuzcoanos. Desarrollo y organización del Partido Católico Nacional en Guipúzcoa (1888-1898)*, San Sebastián, Instituto de Derecho Histórico de Euskal Herria, 1996, pp. 52-81.

de *La Fe*, Antonio J. de Vildósola, publicó los días 16 y 24 de enero dos artículos, con idéntico título —«Nuestra política»—, en los que propugnaba para el carlismo una línea de actuación moderada y conciliadora, que fundamentaba sobre todo en documentos del pretendiente Carlos VII, a quien acababa de visitar en el veneciano palacio Loredán, su residencia desde 1882, y a quien creía favorable, o como mínimo no totalmente contrario, a dichas propuestas. Los textos utilizados eran, entre otros de menos importancia, la carta de don Carlos a su hermano Alfonso, escrita en 1869, y el manifiesto de Morentín, de 1875. *El Siglo Futuro* respondió airadamente, arremetiendo tanto contra los feístas como, también, contra el autor de los citados documentos. Según este diario, los errores de don Carlos en el Sexenio Democrático habían podido ser corregidos en la posguerra gracias al control de la formación por parte de los sectores intransigentes. Del manifiesto de Morentín, en concreto, aseguraban que no era obra ni fruto de la inspiración de don Carlos, sino una simple imposición hecha por Valentín Gómez y otros mestizos, suerte de proliberales infiltrados en el carlismo. Disgustado por el cariz que estaba tomando el asunto, el duque de Madrid amonestó a Nocedal, acusándole de estar satisfaciendo, en los «*intempestivos*» artículos de *El Siglo Futuro*, «*un rencor personal, que comprendo, pero que desapruebo en alto grado*»⁹. Este diario, no obstante, siguió llenándose de improprios, así como de apasionadas y radicales defensas del principio de la Inquisición y de otros elementos a los que no se mostraba dispuesto a renunciar.

Fue entonces cuando, con habilidad y para sorpresa de muchos, el pretendiente carlista recurrió a Luis M. de Llauder, director del *Correo Catalán* de Barcelona y, junto con Félix Sardá y Salvany, cabeza visible de los intransigentes catalanes, para encargarle la redacción de un documento que fijara su pensamiento a fin de evitar equívocos y confusiones. Más que su integrismo, iba a pesar en Llauder la defensa de don Carlos y del principio de autoridad. *El Pensamiento del Duque de Madrid*, un texto que vio la luz en la prensa a mediados de abril, recomendaba unidad, moderación y respeto entre los correligionarios; manifestaba que «*a ningún periódico he conferido el encargo de ser intérprete de mis pensamientos*»; ofrecía un repaso de la situación española; y, finalmente, se pronunciaba a favor de la política de atracción

⁹ DON Carlos a Ramón Nocedal (Venecia, 26 de enero de 1888), en M. FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. XXVIII-II. Sevilla, Editorial Católica Española, 1959, p. 40.

y de la SUnllSIOn de los carlistas a la Iglesia en el terreno religioso y a su Rey en el político ¹⁰. Este posicionamiento, alejado de las tesis intransigentes -aunque, en algún punto, los feístas tampoco salían bien parados-, no dejaba espacio a dudas. Como afirmaría Arturo Campión, «la impresión que causó en las huestes integristas "El Pensamiento" fue amarguísima» ¹¹.

En este marco tuvo lugar un nuevo encontronazo entre *La Fe* y *El Siglo Futuro*, provocado por unos artículos publicados a fines de abril en el primer diario, obra de Emilia Pardo Bazán, en los que se elogiaba al duque de Madrid, al que había visitado meses atrás; se pedía una reconciliación de las dos Españas escindidas desde el inicio de la centuria; y se recordaba al carlismo, como representante genuino de la «vieja España», que los tiempos habían cambiado y que, por lo tanto, el mantenimiento de ciertas posiciones y programas resultaba anacrónico. *La Fe*, teniendo en cuenta que la escritora gallega no era carlista y que algunas de sus opiniones no tenían por qué ser compartidas, consideró que los textos eran halagadores tanto para el pretendiente como para su formación política. *El Siglo Futuro*, por el contrario, reaccionó con indignación manifiesta y, junto con el resto de la prensa de provincias que seguía sus directrices, volvió a la carga, atacando a los aperturistas y pronunciándose contra toda idea de conciliación. Estos últimos periódicos fueron nuevamente advertidos desde Venecia, lo que decidió a Nocedal a enviar una apelación a don Carlos. La respuesta del pretendiente, con fecha 14 de junio, era contundente: acusaba al hijo de don Cándido de faltar «a tu misión de periodista y a tus deberes de súbdito leal, introduciendo en nuestro campo la discordia»; le aseguraba que «flO es cierto que entre los tradicionalistas hay dos banderas», sino «una: la mía», y que «no hay entre nosotros más peligros que los que introduzcas tú, socavando la soberana autoridad y tratando de enajenar las voluntades que están con ella identificadas»; y, finalmente, concluía con un «Dios te ilumine y te detenga a tiempo en la peligrosa pendiente adonde nadie sentiría más que yo verte despenado, pues si no entras por el camino del deber y de la obediencia, ésta es la última vez que te hago el honor de dirigirme a tí» ¹².

¹⁰ L. M. DE LAUDER, «El Pensamiento del Duque de Madrid». *Correo Catalán*. 18 de marzo de 1888, pp. 8-13.

¹¹ A. CAMPIÓN, «Carlismo, Integrisimo y Regionalismo», *La España Regional*. vol. VI. 1889, p. 107.

¹² Don Carlos a Ramón Nocedal (Craz, 14 de junio de 1888), en M. FERRER, *Historia del Tradicionalismo...* vol. XXVIII-JI. pp. 56-58.

De forma paralela, algunos periódicos fueron desautorizados, destacando entre ellos *El Tradicionalista*, de Pamplona. Un grupo de publicaciones catalanas, inspiradas por Sardá y Salvany (*Semanario de Figueras*, *El Integrista*, *El Norte Catalán*, *Semanario de Tortosa*, *Semanario de la Bisbal*, *Dogma y Razón*, *La Verdad*, *El Eco de Queralt* y *Diario de Lérida*), que se solidarizaron con aquel periódico, fueron excluidas del partido el 6 de julio. La adhesión de *El Siglo Futuro* al manifiesto elaborado por estos medios supuso también su inmediata expulsión, el día 9: «*Considera S.M. semejante adhesión -escribía el secretario de don Carlos - como una prueba indudable de que El Siglo Futuro se desentiende de todas las cariñosas advertencias y amonestaciones privadas con que ha sido prevenido por la incansable solicitud del Rey, y me manda notificar (...) que El Siglo Futuro queda expulsado de nuestra Comunión como rebelde y como excitador a la rebeldía.*» La escisión integrista se había consumado.

En un manifiesto dirigido «*a mis leales*», del 10 de julio, el pretendiente carlista pasaba revista a los hechos de las últimas semanas, ofreciendo la versión oficial de los acontecimientos: «*Ora han supuesto que yo me erigía en juez de la doctrina religiosa. Ora que invertía los lemas de nuestra bandera sacrosanta. Ora que buscaba acomodamientos con la revolución. Ha llegado, en suma, la aberración inconcebible hasta cualificar de liberales mis Manifiestos. Las legiones de mártires que, segadas en flor, he visto caer al lado mío en los campos de batalla, protestan contra esa monstruosa falsificación. Sostenerla, es profanar sus cenizas.*» A continuación, recomendaba a sus seguidores que «*estrechéis más y más vuestras filas después de la amputación dolorosa, pero necesaria, que los rebeldes me han impuesto.*» Algunas semanas más tarde eran los integristas los que hacían pública la *Manifestación de la Prensa Tradicionalista*, escrita por Ramón Nocedal, firmada por veinticuatro periódicos, encabezados por *El Siglo Futuro*, y fechada en la ciudad de Burgos, el 31 de julio. En este larguísimo documento se atribuían todos los problemas a cuestiones de doctrina y no de obediencia, y se exponían las bases de lo que iba a ser el ideario del partido integrista: «*Dios es lo primero; sólo Dios basta; con Dios se tiene todo, y cualquier cosa o constitución es buena; y sin Dios nada se tiene, y todo es insuficiente y dañoso.*» Estos manifiestos fueron la cara más amable de la lucha sin piedad, librada en las páginas de los periódicos, que sostuvieron

¹³ Francisco MARTÍN MELGAR al Director de *El Siglo Futuro* (Venecia, 9 de julio de 1888), en *ibid.*, p. 60.

unos y otros en el verano del 88. La prensa satírica republicana la caracterizaría como una auténtica, a la par que patética, batalla de verduleras.¹⁴

Carlistas e integristas en la España finisecular

A pesar de que, desde el carlismo, se asegurara en alguna ocasión, en referencia a los nocedalistas, que «*en nuestras filas no se notó su ausencia*», lo cierto es que sí se notó, aunque más por el peso específico de los que abandonaron el partido que por su número —no eran «*cientos y miles*», como escribiera el integrista Francisco de Paula Collddefortls, sino más bien pocos, pero ruidosos, en palabras de Martin Blinkhorn¹⁵. Entre los escindidos encontramos, sobre todo, a intelectuales católicos, a numerosos curas y jesuitas — además de algunos hacendados y propietarios, tanto agrícolas como industriales, que arrastraron en más de un caso a sus empleados. Como ha señalado María Obieta, la mayoría de los adherentes de Rentería al manifiesto de Burgos eran «tejedores», que trabajaban en fábricas textiles cuyos principales accionistas eran destacados integristas¹⁶. Existió, no obstante, poco trájín en las bases, que, por lo general, restaron en la órbita del partido de don Carlos. Una importante porción de la prensa, en cambio, lo abandonó. En agosto de 1888, veinticuatro periódicos se declaraban seguidores de los intransigentes. La segunda mitad del año estuvo mar-

14 «Manifiesto» (Venecia, 10 de julio de 1888) y «Manifestación de la Prensa Tradicionalista» (Madrid, 31 de julio de 1888), en *ibid.*, pp. 60-62 y 62-90. Las citas, en pp. 60-61 y 78. Para la referencia a la prensa satírica republicana, cf. «Cosas de la semana», *La Campana de Gràcia*, 18 de agosto de 1888, p. 1.

15 Las citas y referencias, en «La solemnidad de ayer», *El Correo Español*, 5 de noviembre de 1888, p. 1; F. de P. COLLDEFORTS, *Datos para la historia del partido integrista*, Barcelona, Imp. de El Integrista, 1912, p. 15; y M. BLINKHORN *Carlismo y oltmrel'oluciól en España 1931-1939* [1975], Barcelona, Crítica, 1979, p. 27.

16 Cf. *Memorias del P. Luis Martín, General de la Compañía de Jesús (1846-1906)*, vol. I, Madrid, Universidad de Deusto-Universidad Pontificia de Comillas, 1988, pp. 899 ss.; R. M.^o SANZ DE DIEGO, «La Santa Sede amonesta a la Compañía de Jesús. Nota sobre el integrismo de los jesuitas españoles hacia 1890», *Miscelánea Comillas*, núm. 65, 1976, pp. 237-265; M. REVELTA, «La división política de los católicos españoles y su repercusión en la Compañía de Jesús y en la Comunidad de Oña», *Estudios Eclesiásticos*, núm. 216-217, 1981, pp. 159-199; Y. B. BE\ASSAR y P. FULLANA, *Carlisme i integrisme a Mallorca (1887-1889)*, Palma de Mallorca, El Tall, 1993.

17 M. OBIETA, *Los integristas guipuzcoanos...*, pp. 78-81.

cada, entre otras cosas más, por las apariciones, desapariciones y metamorfosis en el campo de la prensa tradicionalista. En este marco tan inestable, destacaron un par de alumbramientos: el del integrista *Diario de Cataluña*, en Barcelona, para hacer frente al *Correo Catalán*, y, muy especialmente, el de *El Correo Español*, en Madrid, que llenaba el vacío dejado por el paso de *El Siglo Futuro* a las filas integristas y por la desconfianza que la dirección legitimista seguía mostrando hacia *La Fe*. Los territorios en los que el cisma tuvo más trascendencia, siempre dentro de las limitaciones ya expresadas, fueron el país vasconavarro —con la provincia de Guipúzcoa a la cabeza— y algunas zonas de Castilla ¹⁸.

El cisma de julio de 1888 no supuso el final de las querellas carlo-integristas. El cruce de acusaciones, ataques e insultos prosiguió tras el verano, alimentado por los resentimientos acumulados y un más bien poco amistoso desenlace, sin olvidar todos los problemas derivados de la reconstrucción en la que se afanaron, a partir de entonces, los dos bandos. A las disputas por los seguidores y por el control de los periódicos, se sumaron las que afectaban a centros y asociaciones católicas. Aunque la contribución de los integristas a la escalada de ofensas y provocaciones de aquellos días fuese muy destacada, los seguidores del duque de Madrid se esforzaron en no quedarse demasiado en zaga. Algunos personajes, tanto de una como de otra parte, se convirtieron en auténticos blancos. Los nocedalistas descargaron una buena parte de su ira en Luis M. de Llauder, considerado un traidor como consecuencia de su estrecha colaboración con el pretendiente Carlos —*El Pensamiento* fue el primero de sus frutos— y de haber restado a su vera, junto con el diario *Correo Catalán*, cuando se le tenía por un pilar de la intransigencia. Descalificaciones, insultos y campañas de desprestigio fueron recibidas con cristiana resignación por el interesado. Ante su persistencia, no obstante, acabó por hacer pública, en febrero de 1890, la siguiente protesta: «*Rebosa ya todos los límites de lo concebible el odio más que humano con que me persigue El Siglo Futuro, la guerra de exterminio de que soy objeto por parte del grupo nocedalista y de sus protectores*» ¹⁹. Los carlistas, por su parte, se cebaron en Hamón Nocedal, al que convirtieron, por ejemplo, en principal figura de un

¹⁸ Cf. J. REIL CUESTA, *El carlismo vasco...*, pp. 111-112; y M. OIBETA, *Los integristas guipuzcoanos...*

¹⁹ L. M. DE LLAUDER, «Protesta», *Correo Catalán*, 16 de febrero de 1890, p. 9. Sobre la cristiana resignación, cf. L. M. DE LLAUDER, «Carta al Sr. D. Francisco Mateos

periódico satírico, *Don Ramón*, que vio la luz en Barcelona, en enero de 1889, con el subtítulo «Semnario nocedalista-descarado». También se ensañaron con el redactor de *El Siglo Futuro*, Mariano Tirado y Rojas, al que recordaban y echaban en cara día tras día su pertenencia en el pasado a la francmasonería²⁰.

En alguna ocasión, bien que excepcional, carlistas e integristas sobrepasaron las palabras y llegaron a las manos. Los bautizados como hechos del Olimpo, por haber tenido lugar en esta sala de teatro de Barcelona, en noviembre de 1888, fueron los más comentados: un grupo de carlistas boicoteó un acto público de Nocedal, dando paso a un escandaloso intercambio de palos y tortas, en el que no pasó desapercibida la activa participación de algunos eclesiásticos²¹. En el futuro, los integristas sacarían a relucir este suceso siempre que la oportunidad lo permitiese: «*Quien a hierro mata, a hierro muere*», le recordaron al marqués de Cerralbo cuando fue insultado y apedreado en la ciudad de Valencia por los republicanos, en abril de 1890²². La prensa carlista, tras afirmar que la organización del acto coincidiendo con el día de san Carlos era una auténtica provocación, desautorizó a los correligionarios que participaron en él. Las principales críticas provinieron de Llauder: los carlistas debían aprender a esperar, ya que el que posee la razón no tiene necesidad de utilizar la fuerza²³. Las publicaciones de carácter satírico, sin embargo, no dudaron en burlarse de

Gago», «Carta al Señor de Burgos y Mazo» y «Desde Madrid», *Correo Catalán*, 12 de agosto, 23 de septiembre y 9 de diciembre de 1888, pp. 12-14, 11-13 y 11-12.

²⁰ Cf. J. CANAL, «La masonería en el discurso integrista español a fines del siglo XIX: Ramón Nocedal y Romea», en J. A. FERRER BENÍMEL (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, vol. II, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert»-Caja de Ahorros Provincial de Alicante-Generalitat Valenciana, 1990, pp. 776-777.

²¹ Archivio Segreto Vaticano (Roma), NM, 569, V, II, 111, núm. 1, Falli scandalosi avvenuti il 4 Novembre 1888 nel teatro Olimpo di Barcelona fra *integrismi* e *carlisti*. Una divertida recreación de los hechos, a cargo del republicano Josep Roca i Roca, en P. K., «Olimpiada», *La Campana de Gracia*, 10 de noviembre de 1888, p. \. Cf. también J. BONET y C. MARRÍ, «*Integrisme a Catalunya. Les Grans Polèmiques: 1881-1888*», Barcelona, Vicens Vives-Fundació Caixa de Barcelona, 1990, pp. 589-593.

²² «Justicia de Dios», *diario de Catalunya*, 12 de abril de 1890, p. \. CL asimismo *El Siglo Futuro*, 15 de abril de 1890, p. \, y *El Integrista*, 17 de abril de 1890, p. 3. Sobre los hechos de Valencia, cf. J. CANAL, «La revitalización política del carlismo a fines del siglo XIX: los viajes de propaganda del Marqués de Cerralbo», *Studia ZaTnorenzia*, vol. III, 1996, pp. 243-272.

²³ L. M. DE LLAUDER, «Carta de Madrid», *Correo Catalán*, 11 de noviembre de 1888, pp. 12-14.

los integristas; incluso llegó a editarse una obra con el intencionado título de *Los dioses del Olimpo*²¹. Con el paso de los meses —las recomendaciones hechas desde el carlismo en el sentido de frenar la batalla dialéctica con los nocedalistas ayudaron a ello²⁵—, iría imponiéndose una relativa moderación.

Sea como fuere, el partido del pretendiente Carlos Vil había quedado seriamente tocado por la escisión, hasta el punto de que algunos comentaristas, como vimos al inicio del artículo, pronosticaron su extinción. Los primeros intentos de reorganizarse, a fin de superar el desconcierto creado por los acontecimientos veraniegos, datan de la segunda mitad de 1888, con la creación o reconversión de algunos centros y periódicos. *El Correo Español* desempeñaría, sobre todo en los primeros tiempos de su existencia, un papel clave en la revitalización del partido. A partir de 1889-} 890, los carlistas pudieron profundizar, bajo la dirección del marqués de Cerralbo —según Leandro Herrero, éste «no ha perdonado fatiga, excusado sacrificio, ni demorado trabajo para organizar legalmente nuestra comunión»²⁶—, en la voluntad, ya débilmente manifestada antes de la escisión, de replantear algunas cuestiones. Este proceso de reorganización y reorientación estaba íntimamente relacionado con las modificaciones introducidas en las reglas del juego político durante la regencia de María Cristina de Austria (1885-1 (02)). Se trataba de convertir nuevamente al carlismo en una opción competitiva —políticamente competitiva, no ya a través de la guerra—, reacomodada a nuevos tiempos y condiciones. Para conseguirlo se introdujeron cambios en una doble línea. En primer lugar, en las actitudes y en las estrategias: política de atracción, abandono del retraimiento electoral, renovación de algunos aspectos del ideario —concretado en el Acta de Loredán (1897)—, parcial renuncia a la vía armada e intensificación de la propaganda.

En segundo lugar, dotando al partido de una organización sólida e idónea. La nueva estructura colocaba en un lugar destacado a la prensa, con funciones tanto propagandísticas como cohesionadoras. A fines de

²¹ GAY-LUSSAC, *Los dioses del Olimpo. Sainete nocedalista puro, silbable y bailable, todo en una pieza. En un acto y en verso*, Barcelona, Imp. de Bertrán y Altés, 1888.

²⁵ I^o M. DE LLAUDER, "Basta», *Correo Catalán*, 2 de septiembre de 1888, pp. 9-10. "Lo que más importa», *El Correo Español*, 20 de diciembre de 1888, p. 1. «Los expectantes de la disidencia», *El Correo Español*, 19 de enero de 1889, p. 1.

²⁶ TULLO [L. HERRERO], «La carta de Don Carlos». *El Correo Español*, 9 de abril de 1890, p. 1.

1891, tras agitadas negociaciones, el diario *La Fe* —siempre marginal con respecto a los centros de poder carlistas— se fusionó en *El Correo Español*. La prensa complementaba al resto de los organismos del partido, desde las juntas hasta los círculos tradicionalistas. En la cima de la estructura estaba situado el pretendiente, que, junto a su secretariado particular, permanecía en el exilio. El delegado o representante era la máxima autoridad en el interior, disfrutando de amplios poderes. Bajo su tutela se extendían las juntas regionales, provinciales, de distrito, locales, de halTio y auxiliares. En 1896 existían 2.462. La base del partido estaba encuadrada en los círculos y en unas entidades anejas a éstos, surgidas en torno a 1895, las juventudes. Los círculos tradicionalistas, unas formas y espacios de sociabilidad política plurifuncionales (tareas electorales, formación, asistencia, cohesión), recibieron una atención preferente, convirtiéndose en la pieza clave de la aventura modernizadora. La estructura política del carlismo iba a alcanzar en la última década del siglo XV un desarrollo sobresaliente. Este ensayo de modernización política no halló equivalentes, sin embargo, ni en el terreno ideológico ni en el militar. Por esta razón, la coyuntura conformada por las crisis de 1898 acabó por poner de manifiesto la fragilidad de una parte de los cimientos en los que se había asentado el «carlismo nuevo», como lo denominara el periodista y político Julio Burell ²⁷.

Los integristas, por su lado, iniciaron tras la escisión de 1888 un tímido proceso de reorganización de sus fuerzas. Si bien en los primeros momentos fue la prensa, con *El Siglo Futuro* al frente, la que actuó como núcleo encuadrador, los esfuerzos de recomposición que estaba haciendo el partido carlista mostraron la necesidad, ya a mediados de 1889, olvidando viejas consignas, de disponer de una estructura más efectiva y de participar en las elecciones. Desde las filas de los seguidores de don Carlos —a la aparición del organigrama y del programa recibió el apelativo de «parto de los montes»—, fueron acusados en múltiples ocasiones de estar creando «un simulacro de la organización carlista que tanto combatieron los rebeldes mientras no podían plagiarla» ²⁸. El nuevo partido estaba constituido por una junta central y juntas regionales,

²⁷ CL J. CANAL, *El carlisme català...* y «Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)», *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 29-47.

²⁸ «Política suelta», *El Correo Español*, 2 de agosto de 1889, p. 2. CL «El parto de los montes» y «Opiniones de la prensa sobre el parto de los montes», *El Correo Español*, 2 y 3 de agosto de 1889, p. 1.

provinciales, de distrito y municipales. Ramón Nocedal presidía la junta central, de la que también formaban parte Juan M. Ortí y Lara como vicepresidente y Liborio Hamery en el cargo de secretario, además de los vocales Javier Rodríguez de la Vera, José Pérez de Guzmán, Fernando Fernández de Velasco, Ramón M. Alvarado y Carlos Gil Delgado²⁹. Dos de estos personajes resultarían elegidos diputados a Cortes en las elecciones de 1891: Hamery y Nocedal, que se enfrentó al carlista Tirso de Olazábal en el distrito de Azepeitia, en un combate que simbolizó para muchos una nueva edición de las pugnas de 1888. El secretario del pretendiente llegó a afirmar, en privado, que la victoria de Nocedal en este distrito podía convertir el nombre de Azepeitia en más deshonoroso que los de Vergara, Oroquieta o Valcarlos³⁰. Dos años después, por el contrario, el acta de Nocedal por el mismo distrito no fue aprobada y sólo Arturo Campión representó a su partido en el Congreso. El declive del integrismo como opción política empezó en 1893, coincidiendo con la asamblea que reeligió a Nocedal como jefe. Ortí y Lara —que denunciaría la «esterilidad e impotencia» del partido integrista³¹— y Acillona abandonaron la formación, y poco después lo harían otros destacados miembros como Gil Delgado y el director del periódico navarro *El Tradicionalista*, Francisco M.^a de las Rivas³². A todos ellos se añadirían Campión³³ y, ya en 1896, el emblemático Sardá y Salvany³⁴. La prensa vio asimismo reducidos sus efectivos. El integrismo persistiría en una

²⁹ «Organización del Partido Tradicionalista», *El Siglo Futuro*, 1 de agosto de 1889, pp. 1-3.

³⁰ Museo Cerralbo (Madrid). C. VI. núm. 20. Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 16 de septiembre de 1890).

³¹ J. M. ORTÍ Y LARA, *El error del Partido Integrista*, Madrid, Imprenta y Litografía del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1896, p. 73.

³² Cf. M. OBIETA, «La escisión del “Tradicionalista” de Pamplona del seno del Partido Integrista (1893): la actitud de “El Fuerista” de San Sebastián», en *Primer Congreso General de Jis/oria de Navarra. 5. Comunicaciones. Historia Contemporánea (Príncipe de Viana, anejo 10)*, 1988, pp. 307-316, y, de la misma autora, *Los integristas guipuzcoanos...* pp. 165-171.

³³ eL A. CAMPIÓN, *La batalla chica del Sr. Nocedal*, Pamplona, Imp. y Librería de José Erice, 1893, y J. J. LÓPEZ ANTON, *Arturo Campión entre la historia y la cultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.

³⁴ eL S. VILA, *Sardá i Salvany: els anys de joventut i l'experiència del Sexenni (1841-1874). Formació i primeres passes (om a propagandista catòlic*, Universitat de Girona, trabajo de Doctorado, 1999, y A. MOLINER, *Fèlix Sardà i Salvany y el integrismo en la Restauración*, Bellaterra, UAB, 2000.

posición marginal en el terreno político, conservando, no obstante, influencia en el publicístico³⁵.

A lo largo de la década de los noventa aparecieron en la prensa noticias sobre supuestos retornos al partido carlista de individuos que en 1888 habían optado por el bando de Nocedal. Éstas se hicieron más frecuentes a partir de 1893. Desde las páginas de los periódicos se les animaba a que, «*como el pródigo de la parábola, vuelvan a casa del padre de familia, donde serán recibidos con todos los honores que se deben al arrepentimiento*»³⁶. Pese a que don Carlos no veía con excesiva simpatía estas reincorporaciones, los llamamientos a los escindidos prosiguieron³⁷. El éxito fue muy relativo. Integristas y carlistas recorrieron caminos separados, que no distantes, hasta 1931. Fue entonces cuando, ante la situación del momento, esto es, la coyuntura creada por el final del régimen monárquico y la proclamación de la República, que era percibida como clara y peligrosamente revolucionaria, estos dos grupos, junto con los mellistas -esta escisión del carlismo, liderada por Vázquez de Mella, tuvo lugar en 1919- y algunos núcleos procedentes del alfonsismo y del conservadurismo católico, convergieron en una nueva amalgama contrarrevolucionaria. No debe olvidarse que la entrada en escena del nuevo pretendiente Alfonso Carlos I había contribuido también a facilitar el retorno de integristas y mellistas a la «casa común»: con el pretendiente Jaime desapareció el último símbolo de la escisión mellista -Mella había fallecido tres años antes-, y el talante más intransigente del nuevo rey carlista infundía confianza a los herederos de Nocedal. En 1931, en todo caso, se hacía imprescindible unir fuerzas para organizar la reacción. Se trataba de los primeros pasos de la conformación de una nueva amalgama, en la que el carlismo volvería a actuar como núcleo y centro de atracción. En un contexto diferente y con dimensiones más modestas, iba a repetirse el proceso que había tenido lugar en más de una ocasión en el siglo XIX.

³⁵ Además de los libros y artículos citados en notas anteriores, cf. I. N. SCHUMACHER, «Integrism: a Study in Nineteenth-Century Spanish Political-Religious Thought», *The Catholic Historical Review*, XLVIII, núm. 3, 1962, pp. 343-364; J. M. DE BERNARDO ARES, *Ideologías y opciones políticas a través de la prensa afinales del siglo XIX*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 1981; y I. M.^a LABOA, *El integrismo, un talante limitado y excluyente*, Madrid, Narcea, 1985.

³⁶ T., «Política de atracción», *Correo Catalán*, 13 de julio de 1893, ed. mañana, pp. 8-9.

³⁷ Museo Cerralbo (Madrid), C. IX, núm. 19, Francisco Mattín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 7 de julio de 18(4).

Interpretar la escisión

¿Cuáles fueron las causas de la escisión integrista de ISSS? Mucho se ha escrito y discutido sobre este tema. Entre los contemporáneos implicados directa o indirectamente en aquellos acontecimientos puede detectarse, aunque se tratara de un desenlace más o menos anunciado, incomprensión y perplejidad. Estas reacciones contribuyeron, ante la necesidad de buscar explicaciones o culpables, a que se recurriese frecuentemente a los personalismos o a que se invocasen factores externos, en la más pura tradición del complot. Sobre los primeros, más arriba se ha aludido ya a los ataques recibidos por don Carlos, Llauder o Nocedal. A este último, los carlistas le señalaron en repetidas ocasiones como máximo culpable de la escisión. Ramón Nocedal fue acusado de intentar ser el «fundador de su propia dinastía» o «Ramón I Pontífice Rey del Universo»³⁸. El monólogo de la quinta escena de *Los dioses del Olimpo* no dejaba lugar a dudas. En boca de Nocedal se ponían los versos siguientes:

«¡Quién había de decir,
 Ramoncito, que te vieras
 hoy ya Jefe de un partido!
 Este gozo me enajena...
 Viento en popa va mi asunto.
 Pero aun yo preferiera
 estar dentro del carlismo
 y mandar... Mi gloria es ésa.
 Mas sucedió que no quiso
 el R... que yo me impusiera,
 y me arrojó del partido;
 mas yo, obrando con cautela,
 empecé a correr la voz
 y a propalarla con fuerza
 de que Carlos transigía»³⁹.

Por lo que a los factores externos se refiere, la masonería fue invocada algunas veces. Se trataba de una de esas respuestas que permiten disi-

³⁸ «El parto de los montes», *El Correo Español*, 2 de agosto de 1889, p. 1, Y (don Ramón, 17 de diciembre de 1889, p. 4.

³⁹ CAYLISSAC, *Los dioses del Olimpo*. p. 15.

mular el desconcierto o, simplemente, la falta de respuestas. Si el carlismo era el gran baluarte contra liberales y masones, cualquier circunstancia que contribuyese a su debilitamiento podía estar inspirada o ser obra de sus enemigos. Los integristas, se aseguraría por aquel entonces desde el legitimismo, usaban «*procedimientos masónicos*» y «*elfin al que caminan es unfin que place en extremo a la masonería*»¹⁰; incluso llegó a afirmarse que la francmasonería se había introducido en las filas intransigentes, convirtiendo *El Siglo Futuro* en instrumento suyo¹¹. Explicaciones de Lmo y otro tipo se repitieron, con ligeras variaciones, en la primera historiografía carlista. Jesús Pabón escribiría, en su descargo, que «*hubiera sido excesivo pedir al carlismo, gravemente dañado por la escisión integrista, una más serena consideración del caso*»¹².

En los trabajos que, a lo largo de más de una centuria, han venido ocupándose de la escisión integrista pueden distinguirse, a grandes rasgos, tres vías explicativas. La primera señala directamente a Nocedal. Unas palabras del conde de Rodezno permiten ejemplificarla con nitidez: «*D. Ramón Nocedal y Romea —más Romea que Nocedal, que no en vano circulaban por sus venas la sangre del gran actor-, despechado por no obtener la jefatura exclusiva del partido, se declaró en rebeldía y acusó a D. Carlos de liberal*»¹³. Ramón Nocedal sería, así pues, el causante directo del cisma como consecuencia de no haberle sido concedida, tras la muerte de su padre Cándido, la dirección delegada del carlismo que aquél había ostentado entre 1879 y 1885. Esta tesis ha sido defendida por algunos historiadores del carlismo que eran, al mismo tiempo, carlistas militantes, como el ya citado Rodezno o como Román Oyarzun y Jaime del Burgo¹⁴. Melchor Ferrer, que cumplía

¹⁰ L. IVL DE LAUDER, «Desde Madrid», *Correo Catalán*, 25 de noviembre de 1888, p. 14. YA. «La Inano negra», *Correo Catalán*, 4 de enero de 1889, ed. tarde, pp. 4-5.

¹¹ C. QUERA, «La Masonería y *El Siglo Futuro*», *La Voz Ampurdanesa*, 14 de octubre de 1888, s. p. Sobre la polémica generada por este artículo, en la que se implicaron *El Siglo Futuro* y *El Correo Español*, cL I. CANAL «La masonería en el discurso integrista...», pp. 776-777. Sobre la persistencia de este tipo de argumentos, cL J. BURCH Y VENTÓS, *Da/os para la historia del tradicionalismo político durante nuestra revolución*, Barcelona, Librería Católica Internacional, 19(5), pp. 262-266.

¹² I. PABÓN, *La otra legitimidad*, Madrid, Prensa Española, 1965, p. 53.

¹³ Conde DE RODEZNO, *Carlos VII. Duque de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929, p. 224.

¹⁴ R. OYARZUN, *His/oria del Carlismo*, Bilbao, FE, 1939, pp. 532-533. J. DEL BURGO, *Bibliografía del sigLo VI. Guerras carlistas. Luchas políticas*, Pamplona, s. ed., 1978²,

asimismo estas dos condiciones, ya alertó de la fragilidad de esta interpretación, poniendo de relieve lo complejo del tema¹⁵. No obstante, ésta ha sobrepujado a la historiografía comprometida, no resultando difícil encontrarla, con más o menos matices, en algunos libros y artículos que no tratan específicamente de la historia del carlismo¹⁶. La segunda vía explicativa, representada por Ferrer o Pabón, propone entender el cisma de 1888 como la exteriorización y la materialización en España del auge, a escala europea, del integrismo¹⁷. La tercera de las vías es, sin duda alguna, la más corriente en los últimos tiempos, sobre todo en los estudios dedicados a la Iglesia o al catolicismo hispánicos. Las causas de la escisión dehen buscarse, según esta tesis, en las cuestiones estridamente religiosas: el lugar de Dios en la trilogía carlista, junto con la actuación en el seno del catolicismo y frente al liberalismo, se encontrarían en la hase de la ruptura¹⁸. Una explicación que, por cierto, disla más bien poco de la expuesta por el propio Nocedal en la *Manifestación de La Prensa Integrista* de 1888.

Ninguna de estas tres vías interpretativas puede ser desestimada. Algo huho de cada una de ellas en la escisión, pero de por sí, aisladamente, sin tener en cuenta las demás y algunas otras circunstancias,

p. 695, y. del mismo autor. *CarLos VII y su tiempo. Leyenda y realidad*, Pamplona. Gobierno de Navarra, 1994, pp. 328-329.

¹⁵ M. FERRER, *Historia del Tr(uLicio/atistlw Español*, vol. XXVIII-I, Sevilla, Editorial Católica Española, 1959, p. 131.

¹⁶ R. CARR, *España 1808-1939* [1966], Barcelona, Ariel, 1969, p. 341. F. GARCÍA DE CORTÁZAR, «La Iglesia vasca: del carlismo al nacionalismo (1870-1936)», en *Estudios de historia del País Vasco*, San Sebastián, Haranburu, 1982, p. 215. F. RODRÍGUEZ DE CORO, «Masonería y Restauración en Guipúzcoa (1890-1896)», en J. A. FERRER BEMMELI (coord.), *La Masonería en la España del siglo XIX*, vol. 1, Valladolid. Junta de Castilla y León, 1987, p. 349.

¹⁷ M. FERRER, *Historia del Tr(uLicio/Ullistlw....*, vol. XXVIII-I, pp. 131-132. J. PABÓN, *La otra legitimidad*, p. 56.

¹⁸ E. J. LLUÍS Y NAVAS, «Las divisiones internas del carlismo a través de la historia. Ensayo sobre su razón de ser (1814-1936)», en *Homenaje a Vicens Vives*, vol. II, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1967, pp. 331-334. J. ANDRÉS GALLEGO, *La política religiosa en España. 1839-1913*, Madrid, Editora Nacional, 1975, pp. 26-34. J. R. BARREIRO FERNÁNDEZ, *El carlismo gallego*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1976, pp. 280-281. D. BENAVIDES, *Democracia y cristianismo...* pp. 129-143. M. M. CAMPOMAR FORNIELES, *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de Los Heterodoxos españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1984, p. 44. J. BOWEN y C. MARTÍ, *L'integrisme a Catalunya...*, pp. 555-599. J. FIGLEROLA, «Carlisme, integrisme i les lluites político-religioses del final del segle XIX», en *El carlisme com a conflicte*, Barcelona, Columna, 1993, pp. 205-246.

no favorecen una comprensión del conflicto carlo-integrista en toda su complejidad. No se trata de argumentaciones en ningún caso erróneas, sino solamente parciales. Es evidente, en primer lugar, que la personalidad de Ramón Nocedal, o la del pretendiente Carlos VII, contribuyeron a la ruptura; las razones individuales no pueden olvidarse nunca, aunque tampoco deban ser sobrevaloradas. Entre la muerte de Cándido Nocedal en 1885 y el nombramiento del marqués de Cerralbo en 1890, la jefatura delegada del carlismo en España permaneció vacante —las suposiciones de algunos autores sobre la designación de Francisco Navarro Villoslada como sucesor del primero carecen de fundamento—. Ramón Nocedal deseaba, lógicamente, ocupar este puesto. No puede convertirse, sin embargo, esta aspiración en capricho, ni en causa única de la escisión; era una maniohra al servicio de un proyecto, y un elemento más en una compleja causalidad. Resulta claro también, en segundo lugar, que el nocedalismo formaba parte del auge del integrismo católico en Europa. Esta intransigencia, cuyo principal impulsor habría sido Louis Veuillot, muerto en 1883, y que tendría como centros Francia, Bélgica, España e Italia, era a la vez y de manera inseparable, como ha escrito Philippe Boutry, defensiva y ofensiva, afirmación y condena, provocación y agresión⁵⁰. No admite réplica, por último, que las cuestiones ideológicas y, entre ellas, la tesis católica, tuvieron un notable peso específico a la hora de provocar el rompimiento. El integrismo fue, en definición de Casimir Martí, un particularismo religioso —y civil— con pretensiones de hegemonía⁵¹.

Quedarse en un análisis del integrismo en la España del último cuarto del siglo XIX como simple cuestión religiosa, no permite conocer la globalidad de este movimiento o tendencia. La dimensión política resulta también fundamental a la par que complementaria. Los intransigentes fueron los perdedores en el prolongado pulso que tuvo lugar

⁴⁹ Cf. J. CANAL, *El carlisme català...*, pp. 57-59.

⁵⁰ Ph. BOUTRY, «Ce catholicisme, «ou on pourrait dire intransigeant», en M. SACQUIN, *Entre Bossuet et Maurras. L'antiprottestantisme en France de 1814 à 1870*, París, École des Chartes, 1998, p. XIX. Cf. P. PIERRARD, *Louis Veuillot*, París, Beauchesne, 1998; É. POULAT, *Église contre bourgeoisie. Introduction III devenir du catholicisme actuel*, París, Casternan, 1977; K. E. LÖNNE, *Il molietsinw político nel XI e XII secolo (1986)*, Bolonia, Il Mulino, 1991; Y. A. RICCARDI, *Intransigenza e modernità: la Chiesa cattolica verso il terzo millennio*, Roma, Laterza, 1996.

⁵¹ C. MARTÍ, «L'integrisme, un particularisme religiós i civil», en *L'Església mallorquina durant la Restauració*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 7-20.

en el seno de la formación carlista, durante la década de 1880, tanto por lo que se refiere al reparto del poder como a la definición de estrategias. Los íntegros se seguían mostrando partidarios de los posicionamientos contundentes y del uso de la prensa como fórmula de encuadramiento de las bases, así como de correa de transmisión de órdenes y consignas, y, por consiguiente, disconformes con las propuestas tímidamente aperturistas, que otros estaban haciendo, sobre las estructuras y los discursos como vía de superación de las dificultades de la posguerra. Una frase atribuida al duque de Madrid permite ilustrar este desacuerdo: «*El periódico es un buen medio de propaganda, pero no sirve para agente de gobierno*»⁵². Estas derrotas no dejaron otra alternativa a los integristas, exceptuando la marginalidad interna, que la separación. El conflicto no era, como ya se ha afirmado, dual, entre *El Siglo Futuro* y *La Fe*, sino mucho más complejo y con más actores implicados. El marqués de Cerralbo, que lideraría el carlismo fin-de-siglo, fue uno de los principales defensores, ya en los años ochenta, de un giro modernizador en las estructuras partidistas. Sus proyectos han sido resumidos por Javier Real Cuesta, a partir de la correspondencia que aquél mantuvo con el marqués de Valde-Espina en 1882-1883, de la manera que sigue: «*quiere hacer del marqués de Cerralbo del carlismo un partido moderno desde el punto de vista de la acción política, dinámico, organizado, abierto, atractivo y con participación en la vida política. "Intransigencia en los principios y transigencia en las formas", éste es su lema; es decir, no cambiar los principios sino la conducta; (fue el partido practique la moderación, la suavidad en las formas frente a la intransigencia integrista; ha de sumar, unir y atraer, no restar, dividir y repeler como el integrismo; ha de participar activamente en la vida pública a todos los niveles, y ha de propagar por todos los medios a su alcance el "ideario carlista". De esta forma, con una adecuada organización, el partido estaría preparado para cualquier eventualidad política*»⁵³.

A fines de 1881, el prócer castellano fracasó en el intento, conocido y aprobado por don Carlos, de sustituir a Cándido Nocedal al frente del partido por una junta; más éxito tuvo, en cambio, en 1885, poco antes del fallecimiento de este último. El ascenso del marqués de Cerralbo y el de su indefinido grupo -carlistas influyentes que se habían mantenido en una posición intermedia, e incluso en la sombra, durante las duras polémicas de aquellos años-, más cortesanos que los feístas y

⁵² «Periodismo católico», *El Correo Español*, 21 de diciembre de 1888, p. 1.

⁵³ J. REAL CUESTA, *El carlismo vasco...*, p. 32.

más posibilistas que los intransigentes, coincidió, en los primeros años de la Regencia, con un tímido proceso de acomodación carlista, que no aceptación, al sistema, presidido por intentos de convivencia pacífica y de participación condicional en el juego político. Los nocedalistas no vieron nunca con buenos ojos estos planteamientos (lo que no los convierte, no obstante, en alérgicos a lo «moderno», como algunas formas de propaganda y movilización permiten mostrar de manera fehaciente)⁵¹.

Tos cuatro elementos anteriores -personalismos, auge de la intransigencia en Europa, concepciones distintas sobre el lugar del carlismo en el universo católico y actitudes frente a la modernización del partido-, en suma, contribuyeron decisivamente al cisma carlo-integrista. Estas explicaciones deben ser ubicadas en una sucesión de circunstancias y acontecimientos de orígenes más o menos lejanos. La escisión integrista de 1888 constituye el desenlace de un largo proceso, cuyos primeros indicios datan de los orígenes de la Restauración —e incluso, en algún caso, fueron anteriores⁵²—, cuando empezó seriamente a erosionarse la amalgama contrarrevolucionaria formada en el Sexenio Democrático. Los cismas protagonizados, en orden cronológico y de dimensiones, por cabreristas, pidalistas e integristas constituyen tres episodios fundamentales -por lo organizado de su ejecución, diferente de tantas y tantas defecciones individuales de la posguerra- de esta desintegración. El eclipse de algunos de los motivos que inquietaban a viejos carlistas, neocatólicos o conservadores a fines de los años sesenta y en los primeros setenta -la figura de la Revolución los englobaba, representada por la «Gloriosa» o la Primera República, el anticlericalismo o el republicanismo, los cantonalistas o los internacionalistas-, o bien su amonación por parte del régimen canovista, católico y de orden, propiciaron de nuevo la emergencia de diferencias entre unos y otros que hasta aquel momento habían sido ocultadas por el escudo reactivo y protector del carlismo. Toda unificación consensuada compOltó renuncias, aceptables mientras se mantenga el peligro que la ha generado o las esperanzas de éxito. Así, pongamos por caso, las acusaciones de cesarismo que

⁵¹ Cf. J. CANAL, *El carlisme català...* pp. 40-69, y *El carlisme. [Los siglos de contrarrevolución en España]*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 212-231. Sobre integrismo y formas modernas, cf. las reflexiones de J. FIGEROLA, «Algunes qüestions sobre l'integrisme», *Recerques*, núm. 37, 1998, pp. 238-243, y «Movimiento religioso, agitación social y movilización católica», *l'Isorill Social*, núm. 35, 1999, pp. 43-63.

⁵² Cf. e. SEGO SERRANO, *Trítico carlista*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 155; B. URIGÜEN, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*, Madrid, CSIC, 1986, y S. HIBBS-LISSORQUES, *Iglesia, prensa y sociedad...*

aparecieron en 1888 ya habían sido planteadas en los mismos términos a principios de 1872 por Cahino Tejado, Francisco Navarro Villoslada, el conde de Canga Argüelles y Antonio Aparisi y Guijarro, aunque sin los efectos de unos años después; el manifiesto de Morentín, tan denunciado en 1888, era conocido desde hacía trece años. Lo que había cambiado era la coyuntura. Si el conflicto integrista no estalló antes —*sí* lo hizo, en cambio, el que protagonizaron Alejandro Pidal y los suyos, en torno a la Unión Católica— fue como consecuencia del estado de disgregación y desorganización de los primeros momentos de la posguerra y, más adelante, por el tituqueo de don Carlos y el control de la estructura carlista que permitía el cargo de jefe delegado, ostentado entre 1879 y 1885 por Cándido Nocedal. Las circunstancias cambiaron con su muerte y con la instauración de la regencia de María Cristina. Los intransigentes se vieron entonces desplazados del gobierno de una formación que empezaba tímidamente a transformarse y que seguiría haciéndolo, una vez culminada la ruptura de julio de 1888, a fin de afianzar su propio espacio político en un escenario que ya no era dual —*ni* las fuerzas reunidas, ni la erosión de las bases, ni los cambios estructurales permitan pensar en ello—, sino de opciones múltiples. Con la escisión integrista se enterraron, en definitiva, los últimos restos (el cisma mellista fue otra historia) de una amalgama contrarrevolucionaria simbolizada por la «comunidad» católico-monárquica.

Las «muertes» y las «resurrecciones» del carlismo, tantas veces allucidas por los contemporáneos desde los años cuarenta del siglo XIX, no eran más que combinaciones de procesos parciales de crecimiento, de desintegración y de recomposición de amalgamas contrarrevolucionarias. Crecimientos, entre otros momentos menos importantes, en 1833, 1846, 1868 o 1931; desintegraciones, en 1840, 1849, 1876, 1888, 1919 ó 1939; recomposiciones, en 1865 ó 1889-1890. El carácter amalgámico, que permite a un núcleo en constante reproducción dotarse de sucesivas capas en momentos especialmente críticos, ha sido una constante de la evolución del carlismo. Este movimiento es, como he destacado en otra parte, como un gran globo, al que el temor revolucionario —real, imaginario o una combinación de *ambos*— ayuda a hinchar, mientras que la calma contribuye a desinflar lentamente, si bien con pérdidas bruscas y puntuales⁵⁶. Al fin y al cabo, la escisión integrista de 1888 fue una de esas pérdidas de aire; otra «muerte» en la larga historia del carlismo en la España contemporánea.

⁵⁶ J. CAVAL, *El mrlisillo. Dos siglos...* p. 273.